

La Díada “Derecha–Izquierda” como Fundamento de la Cartografía Política

Es peligroso tomar tus ideas de los demás. De ellos debes recoger información. Pero las ideas, como la experiencia, deben ser de tu propiedad.

Lord Acton¹

1. Introducción.

En general, tanto los políticos como los periodistas y los analistas políticos tienden a mirar el campo político como un escenario donde pugnan dos bandos: la “derecha” y la “izquierda”. En esta visión, se trata de una suerte de dos ejércitos que buscan la victoria. El trofeo es el control del aparato estatal, el “poder” en el sentido más básico del término. En las sociedades democráticas estos ejércitos combaten bajo ciertas normas, y la lucha es básicamente una lucha por ganar votos en los procesos electorales. En sociedades donde la democracia no existe o es débil, la lucha por el poder puede tomar las formas sangrientas del golpe de estado, la revolución o incluso la guerra civil.

La caracterización al uso es simple, y se puede hallar en el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia. La derecha es el “conjunto de personas que profesan ideas conservadoras”, mien-

tras que la izquierda es el “conjunto de personas que profesan ideas reformistas o, en general, no conservadoras”. O sea que, mientras la derecha serían los conservadores, o en términos más agresivos, los reaccionarios, la izquierda está constituida por los progresistas.

En el discurso cotidiano muchas veces se suele añadir, de forma implícita, algunos elementos adicionales. La derecha defiende el statu-quo, el actual sistema de dominación capitalista y el reparto de privilegios que genera. Por ello, la gente de la derecha básicamente defiende intereses y prebendas, y en esa defensa está dispuesta a sostener las más feroces dictaduras. Casi por definición, la derecha no puede ser democrática, y si juega a la democracia lo hace de mala gana, aceptándola como una desagradable imposición de la realidad. En cambio, la izquierda busca la construcción de un mundo mejor, más justo en cuanto más igualitario. La izquierda lucha por ideales, por la utopía de una sociedad fraterna. Por ello, su compromiso con la democracia es auténtico. Evidentemente, así planteadas las cosas, confesarse “de derechas” supondría casi una bravuconada de mal gusto. En efecto, ninguna persona, con cierta sensibilidad humana y en su sa-

¹*Ensayos sobre la Libertad y el Poder*, trad. Paloma de la Nuez (Madrid: Unión Editorial, 1999), p. 378.

Marco Antonio del Río R. es profesor de Teoría Económica, Finanzas y Matemáticas Aplicadas en la Universidad Privada de Santa Cruz (UPSA), Santa Cruz, Bolivia.

no juicio, en los tiempos que corren, desearía identificarse como conservador o peor aún reaccionario.

Ello explica que mientras confesarse “de izquierda” habla bien de la persona, la gente “de la derecha”, si se identifica como tal, lo hace bajo el signo de la vergüenza. Es casi evidente la razón, dadas las definiciones en uso. Esto también explica que sea precisamente la gente de la izquierda quien utilice con mayor entusiasmo esta dicotomía, pues claramente les favorece, al tiempo que les eleva la autoestima: les permite creerse y sentirse mejores personas.

Para muchas personas, esta caracterización del campo político les resulta cómoda. Permite definir el espacio de la lucha política e ideológica en términos simples: por un lado, los compañeros o camaradas; por el otro lado, el enemigo. Se trata de un mundo en blanco y negro, donde la toma de decisiones y las fidelidades no entrañan mayores dudas e incertidumbres. Sin embargo, cuando se empieza a reflexionar en ella, las dudas que van surgiendo se multiplican presurosamente. El objetivo de este breve trabajo es precisamente reflexionar críticamente sobre esta forma de mirar el campo político. Esto de entrada supone un riesgo. Ya José Ferrater Mora (1994: 209-11) señalaba que cuestionar la tipología derecha-izquierda suele ser interpretado, en ciertos círculos, como una prueba de “ser de derechas”. Pero esa situación no elimina la necesidad de examinar críticamente una práctica social, por muy extendida que sea, y por mucho que incomode a quienes se hallan a gusto apoltronados en ella. Escapar a los conceptos estereotipados, anotó Czeslaw Milosz, es tarea ingrata pues llevamos en nosotros la tendencia a las generalizaciones, incluso hasta el abuso, de forma profundamente arraigada.

2. Usos y significados.

Norberto Bobbio (1998) observó que la dicotomía “izquierda-derecha”, aplicada en el contexto de la política puede tener diversos usos. Un primer uso sería descriptivo. Los términos permiten un esquema clasificatorio donde los diversos actores del proceso político son agrupados y encasillados. Como toda clasificación, la clasificación en bandos es mutuamente exclusiva y totalmente inclusiva. Esto significa que todo político, o partido político o incluso cualquier actor del proceso político, debe ser necesariamente ubicado en una de las dos categorías. Nadie puede quedar fuera.

Un segundo uso de la díada, señala Bobbio, es axiológico: permite emitir juicios de valor sobre los actores y sus acciones en el proceso político. Es, por lo tanto, una formulación que permite adhesiones y aversiones. Finalmente, se tendría un uso histórico. En este caso, los diferentes grupos de acción política de distintas etapas de la historia de un país se clasifican como de izquierda o derecha. A diferencia del uso descriptivo, que mira básicamente el presente, el histórico mira al pasado.

La combinación de estos dos enfoques, el descriptivo y el valorativo, fue de uso común en la arena política, hasta fines de los años 80 del siglo XX. En efecto, el desmoronamiento del socialismo real en los países de Europa Oriental y el colapso de la Unión Soviética a inicios de a década siguiente, junto al fin de la guerra fría supuso—se pensó—en tal momento, el fin de las ideologías. En tal escenario, la claridad con que se delineaban los bandos perdió nitidez y se generó un gran debate sobre la pertinencia del uso de la díada. Han surgido nuevas interpretaciones, o nuevas alternativas para el uso de los términos. Ya se mencionó

que el Diccionario de la Academia establece dos ecuaciones básicas:

Derecha = Conservadores

Izquierda = Progresistas

A partir del trabajo de Norberto Bobbio, sin embargo, se ha planteado una nueva interpretación. Lo que distingue a la izquierda de la derecha es la búsqueda de la realización en las sociedades humanas de un valor: la igualdad. En este sentido, el progresismo busca la igualdad, en el sentido de eliminar las diferencias que básicamente se remiten a la clase, la raza y el sexo. En este sentido, mientras el grito de guerra de la izquierda es ¡Viva la igualdad!, la derecha responde ¡Viva la desigualdad!, al menos en la interpretación de Joaquín Estefanía (1998).

El problema de esta interpretación, que gustosos aceptan los hombres y mujeres que se identifican como de izquierda, es que la Revolución Francesa elevó las banderas, no de la Igualdad, sino también de la Libertad y de la Fraternidad. Resulta absolutamente curioso que el ideal de la libertad para todos los hombres y mujeres sea ignorado. Pero ello no es gratuito: los liberales y los libertarios son parte de la derecha. Por ello, frente a las ecuaciones de Bobbio-Estefanía:

Derecha = Enemigos de la *Igualdad* entre las personas

Izquierda = Partidarios de la *Igualdad* entre las personas

se podría, con similar legitimidad, anotar:

Derecha = Partidarios de la *Libertad* de las personas

Izquierda = Enemigos de la *Libertad* de las personas

Sin embargo, no es el objetivo de esta reflexión intentar siquiera establecer interpretaciones más o menos novedosas, o curiosas, para la díada.

3. Origen de la díada.

José Ferrater Mora (1994) resalta el carácter absolutamente “circunstancial” del origen de la díada. Si los hombres de la Gironda se hubieran sentado en el ala izquierda de la Convención de 1792, mientras que los hombres de la Montaña se hubiesen ubicado a la derecha, los significados de “la derecha” y “la izquierda” hoy serían exactamente al revés.

Vale pues, por ello, mirar por un momento el escenario de la Convención de 1792, un teatro donde los actores delinearon el rumbo que habría de tomar la Revolución Francesa, y que ha definido de manera sustancial el curso de la historia y del pensamiento político del mundo occidental.

Afortunadamente, tenemos una preciosa descripción de tal escenario en la obra de Víctor Hugo, *El Noventa y Tres*. Este autor no ahorra adjetivos para destacar su importancia histórica: “Hay un Himalaya y hay una Convención: la Convención es quizás el punto culminante de la historia”. Luego de funcionar temporalmente en el Picadero, la Convención se trasladó al palacio de las Tullerías. Allí, en un salón de sesiones de cuarenta y dos metros de longitud, diez de ancho y once de altura, se libraron las más terribles batallas retóricas e ideológicas de la Revolución Francesa. Víctor Hugo describe con lujo de detalles la disposición física de la sala y sus símbolos, antes de describir la ubicación de los bandos. “A la derecha de la sala estaba la Gironda, que la componía una legión de pensadores; a la

izquierda la Montaña, que era un grupo de atletas”. En el primer grupo destacaban las figuras de Brissot, Gensonné, Condorcet, Petión; en el segundo grupo se encontraban los jacobinos, con Danton como jefe y Saint Just entre sus miembros. En cuanto a Robespierre, anota Victor Hugo: “No perteneciendo exclusivamente a ninguno de esos partidos, pero infundiendo respeto a uno y a otro, se erguía un hombre, Robespierre”.

Sin embargo, y esto es lo que debemos destacar, en la Convención no estaban sólo presentes la Gironda (la derecha) y la Montaña (la izquierda) sino que Hugo identifica otros dos partidos, la Llanura y el Pantano:

El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo fluctuante; los que dudan, los que vacilan, los que retroceden, los que aplazaban, temerosos unos de otros. La Montaña se componía de gente selecta. La Gironda también; la Llanura de la muchedumbre; esta llanura se resumía y se condensaba en Sieyès.

El escritor juzgó con severidad al autor de *El tercer estado* y que fuera uno de los ideólogos fundamentales del proceso revolucionario. Y finalmente, el cuarto bando, el Pantano:

... estanque asqueroso, en el que se transparentaba el egoísmo y en el que tiraban las esperanzas mudas de los remblones, todos los oprobios y ninguna vergüenza; la cólera latente, la rebelión bajo la máscara de la servidumbre. Cínicamente asustados los pantanistas, tenían todas las clases de valor y de la cobardía; preferían la Gironda y votaban con la Montaña; el desenlace dependía de ellos, y se inclinaban al lado de la causa que creían que iba a triunfar; entregaron la cabeza de Luis XVI a Vergniaud, la de Vergniaud a Danton, la de Danton a Robespierre y la

de Robespierre a Tallien; anatematizaron a Marat vivo y divinizaron a Marat muerto. Todo lo sostenían hasta el momento oportuno de derribarlo todo; poseían el instinto de dar el golpe decisivo a todo lo que vacilaba Constituían el número, la fuerza y el miedo, y por eso tenían la audacia de las infamias.

Lo que interesa destacar de esta magnífica descripción de la Convención de 1792 es que los bandos, o los partidos, en el escenario del proceso político y social de la Revolución Francesa, no se reducían a dos, la Gironda y los Jacobinos. Estos, eso sí, representaban las posturas ideológicas. Pero había otros actores que no encuadraban en esos dos bandos. La Llanura y el Pantano son los bandos que, sin poseer ideas definidas, definieron el rumbo del proceso. ¿No plantea esto el hecho de actores y partidos que juegan en el campo político en función de intereses antes que de ideologías? La descripción de Víctor Hugo nos plantea la posibilidad de políticos y partidos que no encajan en la clásica díada de “izquierda y derecha”.

4. De los Bandos a la Recta, y de ésta a la Circunferencia.

En el discurso político habitual, la derecha y la izquierda representan dos bandos, o ejércitos, que segmentan el campo político. Ideologías e intereses encajan con precisión en una u otra categoría. No hay intersecciones. Esto implica que cada actor o cada partido debe encajar necesariamente en una ellas. Se trata, no cabe duda, de una visión maniquea. Si de un uso estrictamente descriptivo se pasa a un uso valorativo, el bando propio será el bando de los buenos; el otro será el de los malos, de los perversos y de los pérfidos. En el propio se lucha por la consecución de grandes y nobles ideales. En el otro, se lucha por intereses perversos, por mantener

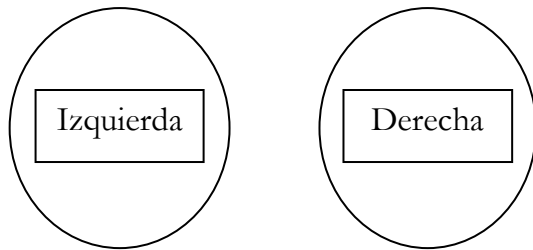


Figura 1. *Derecha e Izquierda como conjuntos mutuamente excluyentes.*

privilegios. En el propio, las fuerzas del bien, en el otro las fuerzas del mal.

Esta visión maniquea puede funcionar muy bien en sociedades cuyo proceso político está marcado por la ausencia de la democracia. Sin embargo, en el escenario de las sociedades democráticas, la pluralidad política empieza a generar nuevos desafíos. El más importante lo plantea la alternancia. En un proceso electoral gana un partido de la izquierda, el siguiente gana otro partido, esta vez de la derecha. ¿Cómo entender que el pueblo vote y proporcione el triunfo electoral al enemigo, si éste representa todo lo peor? Este simple hecho cuestiona el maniqueísmo básico de la díada. La democracia degrada el encono político, el enemigo se convierte en simple adversario.

Además, la democracia obliga a negociar y a realizar acuerdos, por lo cual el adversario no es eterno, se vuelve ocasional o circunstancial. El monstruo adquiere rostro humano, y exige respeto. La política deja de ser ese ámbito donde el poder corona el esfuerzo y la derrota se paga con la vida o el destierro.

Los partidos políticos, en la medida en que deben buscar los votos de los ciudadanos buscan marcar diferencias. La disidencia alcanza a los propios partidos. Y la disidencia, que en la visión básica de la díada se entendía como traición, ahora puede conformar otro partido, con igual legitimidad y derecho para buscar el voto ciudadano. Tanto la derecha como la izquierda se fraccionan, y en ese proceso habrá políticos y partidos más dispuestos a la tolerancia y al diálogo. La unidad (tanto de la derecha como de la izquierda) se pierde: aparecen los moderados y los radicales. El campo político asemeja ahora la recta de los números reales. Aunque no se pueda identificar un centro (como Robespierre, según nos lo pinta Víctor Hugo) se identifican ahora una extrema izquierda, una izquierda moderada, una derecha moderada y una derecha radical. Diversos partidos se ubican en ese espectro, unos más cerca del hipotético centro, otros más lejos de él.

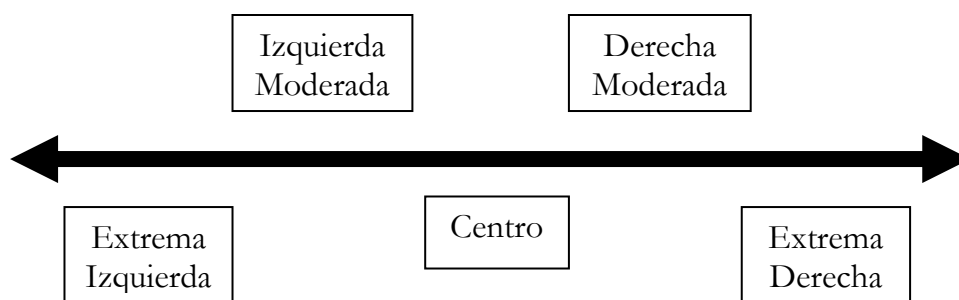


Figura 2. *La recta de las posiciones políticas.*

Precisamente, cruzando la idea de la diada “izquierda y derecha” con la ponderación de los valores de la libertad y la igualdad, junto a la distinción entre moderados y extremistas, Bobbio (1998) llega a identificar cuatro posturas básicas:

a) *La extrema izquierda*: los jacobinos. Movimientos políticos e ideológicos igualitarios y autoritarios.

b) *El centro izquierda*: el socialismo liberal y la socialdemocracia. Movimientos políticos e ideológicos que buscan compatibilizar la libertad con la igualdad.

c) *El centro derecha*: partidos conservadores que son fieles al método democrático. Ponderan la libertad pero defienden la igualdad en el plano jurídico.

d) *La extrema derecha*: el fascismo, el nazismo. Movimientos políticos e ideológicos que son antiliberales y desiguales.

En un esfuerzo imaginativo, se podría pensar en un sistema de medición. Se establece un valor central, a un lado los políticos y los partidos reciben valores más altos mientras mas “derechistas” sean, al otro lado reciben menores valores mientras más “izquierdistas” se confiesan. El orden podría ser al revés. Lo sustantivo es que con un sólo número podríamos ubicar las posiciones de los actores del proceso político.

Pero mirando, siempre desde la perspectiva de una sociedad democrática, daría la impresión que la recta se tuerce y que los extremos se terminan por juntar. La recta da lugar a una suerte de circunferencia. En efecto, la izquierda más radical se confiesa enemiga de los valores democráticos lo mismo que la extrema derecha. Esto no es mera especulación, pues hay

evidencia histórica al respecto. La frágil democracia alemana, instaurada luego de la Primera Guerra Mundial, fue ferozmente acosada tanto por los grupos de choque de los comunistas como por las SA de los nacionalsocialistas. Al final se impusieron los más violentos, los nazis, y con ellos acabó la República de Weimar. Tanto comunistas como fascistas comparten su desprecio y odio por las formas de la democracia representativa, y coinciden en su apetito por el uso de la violencia tanto para acceder al poder como para perpetuarse en él.

En el plano ideológico, ¿no resulta curioso constatar que mientras los anarcocapitalistas y los más rabiosos libertarios postulan la desaparición del Estado, uno de los padres del Socialismo Científico, Friedrich Engels, postulaba que en la sociedad comunista también desaparecería el Estado? En efecto, en *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y del Estado*, Engels anotaba: “La sociedad, que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, transportará toda la maquinaria del Estado allí donde, desde entonces, les corresponde tener su puesto: al museo de antigüedades, junto al torno de hilar y junto al hacha de bronce” (1946: 200). Así el anarquista, el comunista y el libertario radical sueñan con una sociedad sin Estado.

5. Crítica psicológica.

A este punto la diada se ha fracturado. La visión dualista del campo político ha dado paso a una visión de posiciones diversas. Por analogía, el campo político es como un espectro donde imaginando un centro, los políticos y los partidos se van ubicando, unos mas cerca del centro, otros más lejos de él. Sin embargo, cabe

la pregunta por qué se impuso y, en ciertas circunstancias, se vuelve a imponer esa visión dualista del campo político. Junto a los usos descriptivo, valorativo e histórico que identificó Bobbio, existe un cuarto uso, cuya identificación fue realizada por Paul Watzlawick, en su libro *El Lenguaje del Cambio*. Se trata del uso retórico. Como psicoterapeuta, Watzlawick ha destacado la importancia del lenguaje en la percepción y comprensión que las personas adquirimos de la realidad. Y esto toma mayor relevancia, en cuanto, desde la percepción que tenemos de lo que suponemos “la realidad”, actuamos en consecuencia. En cierto modo, el lenguaje condiciona nuestra visión de la realidad, y por ello condiciona nuestra conducta.

Bajo esta premisa general, Watzlawick explica la llamada “ilusión de alternativas”. El ejemplo clásico es el caso del juez que se dirige al acusado y le pregunta: “¿Ha dejado, por fin, de maltratar a su mujer?” Si responde que no, significa que sigue maltratado a su esposa. Si responde que sí, acepta que la maltrataba en el pasa-

do. Es la típica situación donde cualquier respuesta implica una condena. Y como se sabe, es ampliamente usada en los interrogatorios de la policía. Se trata de plantear una pregunta de tal manera que sugiere dos alternativas para la respuesta, pero que, en su formulación, esconde otras posibilidades. Si un padre le pregunta a su hijo si va a estudiar Derecho o Administración, implícitamente está negando la posibilidad de que estudie Medicina o Arquitectura.

Watzlawick identificó que en el ambiente de los años treinta el discurso político en Alemania planteaba a los ciudadanos la pregunta de si apoyaban a los nazis o a los comunistas. Planteada así la situación, se excluía claramente otra posibilidad: la democracia.

Se puede apreciar claramente que la diada “izquierda-derecha” opera como una “ilusión de alternativas”, y encajonarse en ella supone perder de vista otras posibilidades. No es pues gratuito que su uso fuera tan extendido en el discurso político dominante de los regímenes totalitarios.

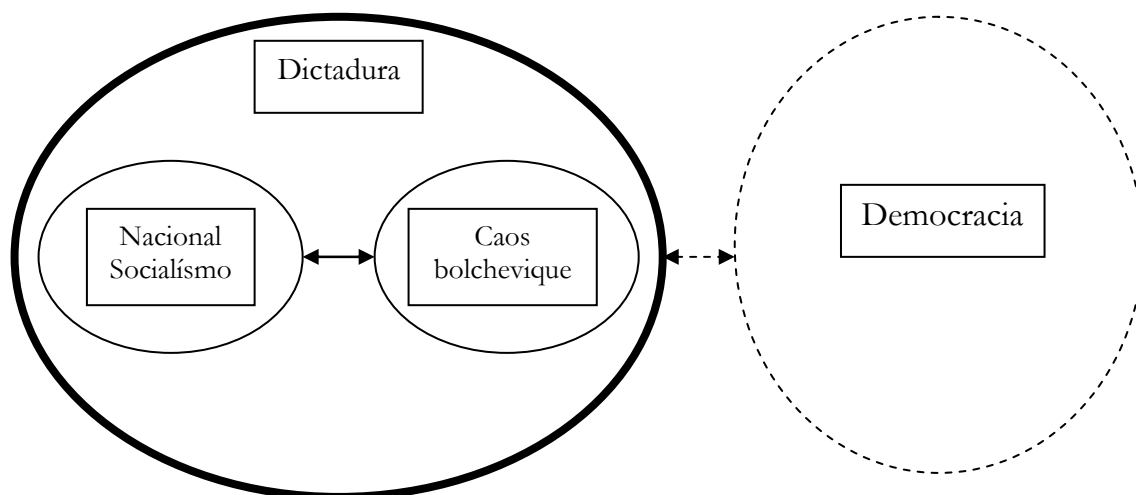


Figura 3. *La ilusión de alternativas* (tomado de Watzlawick 1986: 99).

6. Crítica histórica.

Manuel Pastor (1994) ha identificado tres grandes concepciones ideológico-políticas vigentes desde el siglo XIX: el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo. Por su parte, Miquel Caminal Badía (1996) identifica el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo y el nacionalismo. En todo caso, se trata en rigor de verdaderas familias ideológicas, donde si bien se encuentran elementos fundamentales comunes, hay diversas tendencias.

En la izquierda se suele ubicar las distintas variedades de socialismos. Ya en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels identifican: a) el socialismo reaccionario, que incluía el socialismo feudal y clerical (¿antecedente de la Teología de la Liberación?), y el socialismo “verdadero” alemán; b) el socialismo conservador, donde incluían a Proudhon; c) el socialismo y comunismo crítico utópico, donde anotaban a Owen, Saint-Simon y Fourier; y d) el propio, el socialismo científico. Luego, en las vicisitudes del marxismo irán surgiendo otras tendencias: los bolcheviques y el leninismo, el trotskismo, el estalinismo, el maoísmo y el castroismo, entre otros. Y no se debe olvidar a Eduard Bernstein, creador de la Segunda Internacional y de la socialdemocracia europea, por un lado, y el socialismo inglés. Las relaciones entre todas estas tendencias han estado muy lejos de ser coincidentes, y entre sus representantes se han establecido las más agrias disputas. Es conocido, por ejemplo, el tono mordaz e irónico con el que Marx y Engels se referían a los socialistas utópicos. De forma semejante Lenin no dudó en calificar de “oportunista” a Bernstein, y de “renegado” a Kautsky, no haciendo economía de otros adjetivos, siendo el más suave el de “traidores”. Finalmente, los celos de Stalin supusieron la muerte de todos los

hombres que hicieron la Revolución de Octubre, para finalmente llegar al asesinato de Trotsky en México. Tampoco se debe olvidar que en el fragor de la guerra civil española, al tiempo que los republicanos luchaban y morían frente a los ejércitos de Franco, en la retaguardia los comunistas mataban sin misericordia a los socialistas y a los anarquistas.

Una lectura atenta de los escritos de Lenin, que destinó varios miles de páginas a criticar a Bernstein y al socialismo inglés, cuestiona la idea de ver la izquierda como una unidad de ideales. Para Lenin, el socialismo democrático era una traición a las ideas de Marx y Engels, y era inaceptable que el partido revolucionario transara con las formas de la democracia burguesa y liberal.

En el ámbito de la derecha se suele incluir todo lo que no sea socialismo. Por ello, abarcaría el conservadurismo, el liberalismo y el nacionalismo (incluyendo las distintas variedades del fascismo). Funciona pues como un cajón de sastre donde se mete todo aquello que no entra en la otra caja. Y esto no parece precisamente adecuado, por decir lo menos. En efecto, Salvatore Saladino (1971), en su exposición de las características de la derecha italiana, tiene la prudencia de distinguir entre la antigua derecha italiana caracterizada como moderada, conservadora, social, parlamentaria y liberal, de la nueva derecha nacionalista que surgió en 1890, y cuyos representantes más destacados fueron Enrico Corradini y Gabrielle d'Annunzio. La antigua derecha era “moderada en los métodos y conservadora en las perspectivas”, deseaba mantener el orden bajo términos constitucionales y parlamentarios. En cambio, la derecha nacionalista buscaba el poder para crear un nuevo orden, favorecía el cambio pero apartándose de la democracia. En cuanto

al fascismo, Saladino se muestra reticente a incluirlo en la derecha: “en realidad el fascismo nunca abandonó del todo sus raíces izquierdistas” (1971: 176). Muchos intelectuales hoy no mostrarían la prudencia de Saladino. Y aquí está precisamente el problema: ¿qué rigor conceptual puede tener una categoría donde se incluyen sin mayor duda a hombres de ideas y actitudes tan diversas como Piero Gobetti, Luigi Einaudi y Benito Mussolini en el caso italiano? El caso italiano es paradigmático pues, en la comprensión usual del término, la “derecha” incluiría a los liberales monárquicos que crearon la República Italiana, la derecha nacionalista que aparece en 1890, y el fascismo de Benito Mussolini (ex-socialista por cierto). Los ejemplos se pueden multiplicar al infinito. En los campos de concentración nazis murieron miles de judíos monárquicos y de judíos liberales. ¿Todos derechistas, las víctimas tanto como los verdugos? En resumen, no parece razonable una clasificación que incluye en la misma categoría posiciones ideológicas tan diversas como el Liberalismo (partidario básicamente del Estado de Derecho), en sus diversas variantes, y el Fascismo (partidario del Estado Totalitario).

Pero no sólo la diáda se torna problemática cuando nos referimos a las ideologías políticas y los personajes que las encarnaron en cierto momento del proceso histórico. Si volvemos a las definiciones del Diccionario, en determinados contextos históricos aparecen nuevas paradojas.

Consideremos el caso de la URSS en 1988. Por un lado, Gorbachov había iniciado un proceso de reformas para sacar al país del estancamiento económico. Por otra parte, los miembros más duros del partido miraban con desconfianza dicho proceso, pues suponía introducir cambios

que habrían de modificar la estructura del poder, y por lo tanto la posibilidad de que sus puestos de poder y prestigio sufrieran algún tipo de menoscabo. Y no cabe duda que también existían grupos que anhelaban un proceso más agresivo de reformas y cambios. En tal escenario, luego de setenta años de revolución bolchevique, ¿quiénes eran los revolucionarios y quiénes los conservadores? ¿Quiénes representaban el statu quo (la derecha) y quiénes apuntaban al cambio (progresistas)? Contra las identificaciones ideológicas, la jerarquía del PCUS representaba la posición conservadora y la defensa del statu quo.

Además, en la idea de la izquierda como “movimiento progresista” hay un componente de corte metafísico, muy coherente con su herencia marxista. El político o intelectual “de izquierdas” sabe cuál será el rumbo de la historia. De alguna manera, se sabe hacia dónde avanzan las sociedades. El futuro ha dejado de ser el escenario de la incertidumbre y existen “leyes de la historia” que permiten conocer el camino que tomarán las sociedades humanas. Se trata, evidentemente de una clara reminiscencia de la ideología decimonónica del “progreso”. Hay en esto cierta arrogancia: la izquierda cree conocer el futuro, y desde ese futuro juzga las instituciones vigentes. Marx y Engels “sabían” que la sociedad del futuro habría de ser socialista primero y comunista después. Creían que las leyes de la historia exigían la superación del capitalismo. Para ellos el socialismo no era una exigencia ética (el *Manifiesto* se refiere con desprecio a los socialistas “utópicos”), sino una “necesidad histórica”. Cabe la pregunta: ¿cómo sabían eso? Hoy pensamos que antes que un saber científico esa presunción era un acto de fe. Es más o menos evidente lo que defiende la “derecha conservadora”. En

cambio, la “izquierda progresista” cree saber hacia donde avanza la humanidad.

7. Crítica cartográfica.

Se ha señalado anteriormente que en aras de un mayor poder descriptivo, la dída podría convertirse en un espectro donde las posiciones expresen los diversos matices del pensamiento y la acción política. Por analogía con la recta de los números reales se podría imaginar un sistema de medición que permita ubicar a políticos y partidos en esa escala. Ahora bien, se trataría, en todo caso de un sistema unidimensional de medición.

Si se quiere ubicar un punto de la superficie terrestre se requiere dos medidas: la longitud (la distancia a un meridiano) y la latitud (la distancia a la línea del Ecuador). Pero además en muchos casos se requiere la altitud (distancia a la superficie del nivel del mar). Así, para ubicar un avión en vuelo se necesitan tres mediciones: longitud, latitud y altitud. Por analogía, si se desea establecer la posición política de una persona, ¿no deberían tomarse en cuenta más elementos que la sola ubicación en una recta imaginaria? Construir una cartografía política parece, de principio, un problema más complejo que construir una simple cartografía.

Que no basta una visión unidimensional del tema ha sido planteado con cierto desenfado por Xavier Sala i Martín (2002: 60-69). Comentando sobre el campo político estadounidense ha observado que la gente de derechas (los republicanos) es partidaria de limitar la intervención del Estado en la economía mientras que los progresistas (los demócratas, que además para mayor confusión se identifican como “liberales”) desean lo contrario. Como una mayor intervención

del Estado en la economía supone una mayor presión tributaria, concluye Sala i Martín que los conservadores no quieren que el Estado se meta en sus billeteras, mientras que los progresistas desean que el Estado meta más mano en los bolsillos de la gente. Pero, también ocurre que los conservadores desean que el Estado les ayude a imponer ciertas creencias religiosas o políticas y que no permita ciertas prácticas como por ejemplo el aborto o el matrimonio gay. Por el contrario, los liberales americanos son partidarios de que cada cual haga con su cuerpo y su vida privada lo que mejor le plazca. Así pues concluye este economista catalán que, en EE.UU., los conservadores no quieren que el Estado se meta en la economía pero sí esperan que regule la vida sexual de las personas, mientras que los liberales americanos desean una mayor intervención del Estado en la economía, pero que no se meta para nada con la vida sexual de sus ciudadanos.

8. Fundamentos para la cartografía política.

¿Qué es lo que determina la postura política de una persona, o de un movimiento político? No cabe duda que son diversos los factores que definen la ubicación de una persona en el campo político. Sin embargo, habiendo constatado la insuficiencia que implica el uso de la clásica dída “izquierda-derecha”, se hace necesario buscar nuevos fundamentos para la cartografía política.

Baste señalar acá que al menos tres factores determinan la posición política de un ciudadano. En primer lugar, y como ya fue señalado hasta el cansancio por el marxismo clásico y la economía neoclásica, los intereses. En buena parte, las posiciones políticas están condicionadas por

el lugar que ocupan las personas en la estructura social. En segundo lugar, y como intentó demostrar Max Weber, los principios o valores. Se trata de un elemento de fundamental importancia. Un gran número de personas aspiran a construir y vivir en una sociedad que se ajuste a ciertos ideales, y donde se hayan materializado e institucionalizado ciertos valores. Sin este componente no se podría entender cómo los partidos políticos de orientación proletaria se han llenado, a lo largo de la historia, de los hijos de la burguesía, que renegando de su clase y sus intereses han comprometido sus vidas en proyectos sociales de otras clases sociales. Y finalmente, en el plano ideológico, colocados frente a los valores de la libertad y la igualdad, no todos mostrarán la misma preferencia. Habrá quien prefiera más libertad, y habrá también quien prefiera más igualdad. Y cada hombre y mujer tiene derecho a tener distintas preferencias que los demás. Así, intereses, principios y preferencias generan agrupaciones diversas de personas en el campo político.

9. Conclusiones.

En general, en el discurso sobre la configuración del campo político, se suele utilizar la díada “izquierda-derecha” para ubicar a los participantes, en una suerte de cartografía política. El uso de esta dicotomía tiene diversas dimensiones: descriptiva, valorativa e histórica. Sin embargo, posiblemente la más importante es su dimensión retórica. Es una clasificación que sirve al poder en cuanto define cierta percepción de la realidad política, y condiciona a los actores políticos a actuar en consecuencia. La díada es funcional al poder pues tiende a ocultar la pluralidad de posturas políticas que pueden existir en la sociedad, y funciona como factor

aglutinante frente al “enemigo”.

Sin embargo, desde una perspectiva analítica presenta varias dificultades. Primero, es difícil que el campo político se pueda segmentar en sólo dos bandos. Esto supone cierto abuso conceptual, y las vigorosas (y a veces sangrientas) pugnas entre las diversas corrientes ideológicas y partidarias que se han dado en el mismo bando, así lo demuestran. No es gratuito que la dicotomía haya sido sustituida, en las sociedades democráticas por un espectro con posiciones moderadas y extremistas. Por otra parte, la definición de la derecha como conservadora y la izquierda como progresista no deja de hacer aguas en ciertos procesos históricos, donde la defensa del régimen revolucionario se torna conservadora. Este carácter relativo hace que la díada sólo pueda ser usada en ciertos contextos históricamente muy determinados: “Sólo dentro de un determinado contexto sigue siendo legítimo usar palabras, que entonces pierden sus sentidos generales y adquieren sentidos específicos” (Ferrater Mora, 1994).

REFERENCIAS

- Bobbio, Norberto (1993). *Perfil ideológico del siglo XX en Italia*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Bobbio, Norberto (1998). *Derecha e izquierda*. Editorial Santillana Tauros, Madrid.
- Caminal Badía, Miquel, ed. (1996). *Manual de ciencia política*. Editorial Tecnos, Madrid.
- Crick, Bernard (1994). *Socialismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Engels, Friedrich (1946). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, 5ª ed. Editorial Claridad, Buenos Aires.

-
- Estefanía, Joaquín (1998). Prólogo a la edición española del libro de Bobbio (1998).
- Ferrater Mora, José (1994). “Sobre derechas e izquierdas”, en *Mariposas y supercuerdas: Diccionario para nuestro tiempo*, pp. 209-11. Ediciones Península, Barcelona.
- Gray, John (1994). *Liberalismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Hugo, Victor (2004). *El noventa y tres*, en *Obras completas*, Tomo III. Editorial Aguilar, Madrid.
- Mellón, Joan Antón, ed. (1998). *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*. Editorial Tecnos, Madrid.
- Pastor, Manuel (1994). *Fundamentos de ciencia política*. McGraw-Hill, Madrid.
- Payne, Stanley G. (1996). *El fascismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Rogger, Hans y Eugen Weber (1971). *La derecha europea*. Luis de Caralt Editor, Barcelona.
- Saladino, Salvatore (1971). “Italia,” en Roggers y Weber (1971), pp. 141-79.
- Sala i Martín, Xavier (2002). *Economía liberal para no economistas y no liberales*. Plaza & Janés Editores, Barcelona.
- Vila de Prado, Roberto (2008). “Crítica del pensamiento conservador contemporáneo”, *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 14 (Junio-Dic 2008): 1-39.
- Watzlawick Paul (1986). *El lenguaje del cambio: Nueva técnica de la comunicación terapéutica*. Editorial Herder, Barcelona.